

Advertencia

Al releerlas, estas páginas, hoy que los viajes de recreo parecen ser cosa de un pasado muy remoto, tienen un sabor casi decimonónico, con su vario charloteo y su cambio de tono entre lo serio y lo jocoso. Y así como fijan una experiencia difícilmente repetible, y recuerdan un mundo que, a poco más de diez años de distancia (mi viaje tuvo lugar en 1931), puede decirse abolido, me pareció que valía la pena reeditarlas (aparecieron por primera vez en el *Ambrosiano*, de abril a junio de 1931). Pertenecen a esa fase de mi vida que tuvo plena expresión en mi libro sobre España *Península pentagonal* (1928), libro que, tras los acontecimientos de los últimos años en aquel país, ha envejecido como el de Gautier (aunque no tan noblemente). En cuanto a espíritu y estilo, este viaje a Grecia es un corolario al viaje a España: la misma sensibilidad hacia aspectos del paisaje, la misma impertinencia juvenil hacia los habitantes. Se me ha reprochado haber escrito sobre España tras poco más de un mes de estancia, y con mayor motivo se me podría reprochar haber escrito sobre Grecia tras una visita todavía más rápida. Mi justificación es también ahora la de entonces: no es en absoluto seguro que las primeras impresiones no sean las más verdaderas. Viviendo largo tiempo en un país, acostumbrando nuestra mirada a él, acabamos por aceptar todo como apacible, y por no ver

las cosas que nos rodean, igual que no vemos las casas a lo largo del camino que recorreremos cada mañana.

MARIO PRAZ

Roma, octubre de 1942